

## HOMILÍA DE MONS RAFAEL ZORNOZA BOY, OBISPO DE CÁDIZ Y CEUTA, EN EL DÍA DE NAVIDAD.

*S. A. I. Catedral de Cádiz, 25 de diciembre de 2022.*

Queridos hermanos:

Es Navidad. El nacimiento del Hijo de Dios que se ha hecho hombre llena el mundo de alegría. También nosotros corremos a Belén como los pastores y reconocemos en el Niño envuelto entre pañales al Enmanuel, al Dios con Nosotros, al Hijo de Dios. Si somos conscientes de la grandeza de esta verdad nos invade la alegría. En efecto: ¡Alegrémonos, gocemos, exultemos! ¡Feliz Navidad!

Este misterio inmenso ha calado en nuestra cultura cristiana y se ha extendido por el mundo entero por lo que significa de ternura, compasión, cercanía del bien y del amor, con todas sus consecuencias. Pero la Navidad –como dicen algunos– no puede esconder a Cristo. No podemos esquivar la verdad del acontecimiento, ni acostumbrarnos a este prodigio de amor, a este milagro irrepetible que se descubre en la fe. La celebración cristiana en la que estamos participando nos reúne para alabar a Dios y darle gracias, para sobrecogernos por el realismo de la Encarnación, para reconocer en Jesús al Salvador prometido, para estremecernos porque el Verbo se hizo carne para reconciliarnos con Dios, para que participemos de la naturaleza divina, y para que conozcamos el amor de Dios que nos restaura a nosotros e introduce en el mundo el dinamismo de la fraternidad, con el dinamismo de la verdad de nuestra dignidad y destino. No se trata solo de un Dios que ha descendido a nosotros, sino de la elevación del hombre hasta Dios, para participar de su propia vida.

El Misterio de la Navidad nos invita al canto, a la celebración litúrgica y en familia, al abrazo, a la relación, pero, sobre todo, a la contemplación gozosa, porque celebra la intromisión de Dios en la noche de la humanidad, su iniciativa de desposar al hombre en su misma debilidad para enriquecerle con su gracia y su luz. Nos descubre, además, la filigrana de una obediencia que nos hace libres, no por la emancipación de Dios, sino por el amor filial que pone la vida a su servicio con una entrega de total generosidad.

En este Hijo, Jesús, Dios nos habla definitivamente (cf. Heb, 1, 1-2). Él es Vida y Luz sin ocaso que brilla en el mundo, y pone de manifiesto la tiniebla que se vuelve agresividad y persecución, porque el pecado y el mal no pueden resistir a Dios. El Amor que viene a los suyos tan desvalido, pobre y tierno, es odiado y marginado, desde entonces hasta hoy, y nos descubre el auténtico drama de la humanidad, pero no deja de llamarnos, porque está, y “por nosotros y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de la Virgen María y se hizo hombre” (Cat I G, 456) entrando de este modo en la historia, “ese misterioso taller de Dios”, como Goëthe lo llamó.

Vayamos, pues a Belén. Belén nos presenta un tesoro: a Jesús, la fortuna verdadera de la vida, rodeado de pobreza, para que resalte más.

Belén nos presenta el Amor, a Dios Amor, al Amor que Dios nos tiene, el amor que nos enriquece por encima de todas las posesiones.

Belén nos retrata la fe, la adoración de los pequeños y la humildad, capaces de ver a Dios en su presencia humilde y pequeña.

Belén nos toca el corazón y nos cambia la vida, porque nadie que encuentre al Hijo de Dios queda desvalido, sino del todo confortado. Nos dice a cada uno: eres muy importante para Dios, se ha hecho hombre por ti y para ti. Hagámonos como niños, sin temor de vivir como cristianos con la gracia del bautismo.

Belén nos lleva a los pobres, a vernos como somos, a apreciar la vida, aunque se nace para morir. Nos conforta con un mortal que es eterno para abrir la eternidad a los mortales. No renuncies a la caducidad, a la temporalidad, pues hemos sido creados y redimidos para la eternidad.

Belén nos llena de certeza para superar la nostalgia del recuerdo de los que nos dejaron y ya no están. En Belén hubo mucha alegría, sí; pero mezclada con mucha soledad y la ausencia de numerosas personas a las que María y José habrían querido tener cerca. Aprendemos ante Jesús que la melancolía, causada por muchas ausencias, manifiesta un deseo de amor que la realidad presente no puede colmar, pero que Él viene a saciar, pues nos regala un amor que no puede pasar.

Belén nos asienta en la Iglesia, en la familia de Jesús, María y José; pero que aspira a ser la gran familia de toda la humanidad, con sus variados personajes y oficios, donde compartiendo su pobreza se enriquecen, auxilian, alaban a Dios y se unen al concierto de los ángeles del Cielo que cantan la Gloria de Dios y anuncian la paz a los hombres. También en Belén escuchamos a Dios, que es Verbo, Palabra, y nos muestra su deseo de dialogar con nosotros, que el Verbo está aquí para hablar.

Belén se conmueve ante los hombres inconscientes que no quieren más que placer, tener, poder. Así nos quita la venda que ciega nuestros ojos egoístas y nos cierra a los demás.

Belén se estremece ante las guerras, una carrera de crueldad y sangre que destruye vidas, corazones, trunca ilusiones y siembra odios, y nos invita a orar mucho y perdonar.

Belén nos enseña a agradecer, a vivir la gratitud por ser hijos de Dios, a dar gracias por su victoria sobre la muerte y el mal, a repeler la derrota del mal.

Belén te espera siempre. Vuelve una y otra vez a Belén. Vive su influencia, la que desde hace dos mil años ejerce en el mundo, hasta hoy. Sumérgete en la paradoja

sorprendente del débil que nos fortalece, del pobre que nos enriquece, del que no tiene casa pero hace del mundo un hogar familiar. Llénate de la gracia que nos arranca de la tibieza y de la superficialidad, al menos por unos días, y del desafecto y pragmatismo con el que vivimos las relaciones personales, y nos envuelve en el consuelo de la virtud y la esperanza, para confiar en los demás.

Vivamos esta fiesta, celebremos con alegría la venida del Hijo de Dios al mundo. Que su presencia llene nuestras casas, la de los vecinos y familias que visitamos, las calles y los comercios. Vivamos con un corazón consolado por su amor para consolar a los demás, iluminado por su luz, para iluminar a los demás, transformada la mente para mostrar otra mentalidad. Que nos colme Dios de bien para hacer a toda costa el bien.

Adoremos al Niño Jesús abrazándolo en nuestro interior, pidiéndole que cambie nuestro corazón. Que lo tengamos tan cerca que lo acerquemos a cuantos nos rodean. Y seamos heraldos, anunciadores, propagadores de la presencia de Dios. “Dichosos los pies del mensajero que anuncia la Buena Noticia de la salvación”. (Cf. Is 52, 7).

El Señor ha revelado su salvación. Ha aparecido la vida de los hombres. Adoremos al Señor ¡Feliz Navidad!